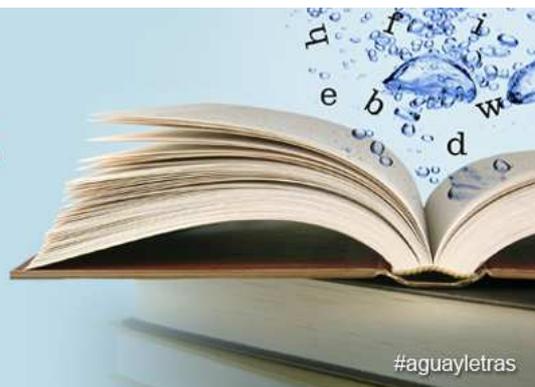


VIII Certamen Literario del Agua de Emasesa

Plazo de admisión de obras hasta el 22 de Abril de 2016

Consulta las bases del certamen



#aguayletras

VIII CERTAMEN LITERARIO DEL AGUA

OBRAS GANADORAS

Modalidad Cuento Infantil

Primer Premio:

“El lugar de donde vienen los cuentos”.....pág. 2

Autora: M^a Jesús Pinto del Solo

Segundo Premio

“Cuento de agua dulce”.....pág. 14

Autor: Antonio Heras Estébanez

Modalidad Relato Corto

Primer Premio:

“Mártires de la sed”.....pág.24

Autor: Fco. Javier Suarez de Vega

Segundo Premio:

“La mala hierba”.....pág. 30

Autor: Juan Manuel Sainz Peña

EL LUGAR DE DONDE VIENEN LOS CUENTOS

Fabel miraba a través de la ventana de su habitación con ojos melancólicos. Se preguntaba cuándo podría salir a la calle; hacía días que estaba allí encerrada. Llenaba las horas como podía, leyendo, su pasatiempo preferido, pero ya ni eso conseguía distraer su profundo aburrimiento. Lluvia, lluvia y más lluvia. Fabel decidió que definitivamente odiaba la lluvia con toda su alma. «Ojalá no lloviera nunca más», susurró resentida.

Justo en ese instante el timbre de la puerta empezó a tintinear frenético.

Fabel se incorporó alerta, como los conejos cuando perciben algún peligro inminente. ¿Quién sería? Pudo oír como su madre saludaba cariñosamente a la inesperada visita. «Qué alegría verte, te he echado mucho de menos», oyó que decía. Su abuela no era, porque estaba allí cada dos por tres, la vecina no despertaba tanto entusiasmo, y las amigas de mamá estaban ocupadas a esas horas. Entreabrió su puerta, silenciosa, para poder observar sin ser vista.

Se extrañó al encontrar en el rellano a una mujer desconocida, con un aspecto bastante fuera de lo común. Tenía una interminable melena lisa que le caía hasta la cintura. ¿De qué color era su pelo? Aquello hubiese sido difícil de responder: cientos de mechones de distintos colores surcaban aquel cabello. Si alguien hubiera hecho esa misma pregunta a Fabel, ella hubiera respondido sin duda que tenía el pelo color arcoíris.

Como contraste, su cuerpo estaba cubierto con un tosco vestido negro de tela gruesa, tan largo que solo dejaba ver la desgastada punta de los zapatos.

Y en cada uno de sus dedos, llevaba un anillo. Pero no anillos cualquiera, sino anillos dignos de haber estado guardados durante siglos, dentro de un arcón sumergido en el mar Caribe.

Aún así, lo que le resultó más llamativo a Fabel, fue que la mujer estaba empapada, como si hubiera caminado durante horas bajo el aguacero.

Al poner más atención, apreció un discreto movimiento bajo los largos faldones. Tímidamente asomó un hocico, que resultó ser el principio de un gran gato pardo. Un bicho que estaba tan mojado como su dueña y que no parecía muy contento; a decir verdad, era el vivo retrato de la frustración felina. Aquel despeluchado animal, debía de ser el más feo que había visto en toda su corta vida, digna mascota de cualquier hechicera.

Entonces Fabel cayó en la cuenta. «¿Sería ella?, ¿de verdad?», se preguntó emocionada. Tenía tantas ganas de conocerla... Por algún motivo, se habían mantenido siempre alejadas. Más de una vez había oído decir a su padre misterioso: «Seguro que es una bruja. Y su siniestro gato no parece de este mundo, debe tener unos 32 años por lo menos, a lo mejor es inmortal». Y su madre respondía siempre: «Pero qué tonterías dices... ¿Cómo va a ser una bruja?, no digas eso que los niños se lo creen». Estaba claro. Era evidente. ¡Se trataba de ella! No podía ser otra persona más en el mundo que la tía, la enigmática y desconocida tía Justi.

Fabel abrió la puerta con decisión, dejándose ver.

–Hola –dijo alto y claro.

Pero ellas siguieron a lo suyo, ignorándola completamente. Se sintió bastante ofendida al despertar tan poco interés, pero no desanimó. Se situó a tan solo un palmo de la tía Justi, mirándola fijamente desde abajo. Fabel sabía que cuando miras así a un adulto, tarde o temprano, te da un caramelo o te habla.

Vio que la tía Justi rebuscaba en los bolsillos. No debió de encontrar nada.

–Y tú debes de ser, sin duda alguna, Fabel, la de los grandes ojos negros y los dientecillos de ratón –canturreó. Tenía una enorme sonrisa llena de dientes blancos, y unos ojos chispeantes como la gaseosa.

–Sí. Soy yo –respondió sin ofenderle que la hubiera comparado con un roedor. Sabía muy bien que se parecía a una cobaya, pero no le importaba, eran sus animales preferidos.

–Me alegro de verte. Precisamente he venido por tu culpa. Pero ya hablaremos más tarde. Ahora voy a ver la nueva cocina de tu madre –sentenció la tía Justi.

Y sin dar pie a más réplicas salió de la habitación con su hermana, dejando tras de sí, igual que si hubiera sido un caracol gigante, una larga estela de agua en el suelo.

Fabel se quedó plantada en la entrada preguntándose de qué querría hablar aquella extraña señora precisamente con ella. Rebuscó en su memoria algo malo que pudiera haberle hecho, pero la última vez que se vieron era tan solo un bebé. Eso la hizo recordar, que según había oído, la tía Justi solo se personaba en caso de nacimiento o defunción.

Nadie estaba embarazada. Nadie agonizaba, que ella supiera. ¿Acaso iba a palmarla alguien? La mujer había dicho que había venido expresamente por ella. ¿Qué se suponía que significaba eso? Se le puso la piel de gallina hasta en las mismísimas orejas.

Cenaron alrededor de la mesa redonda del comedor. Fabel, su hermano Lucas y su padre, no abrieron la boca más que para comer; se pasaron el rato escuchando batallitas.

–Bueno, pues ya hemos terminado –dijo al fin la madre–. Sentaos un ratito con la tía, que tengo que hacer un par de cosas.

Visto y no visto, rápidos como el rayo, todos se levantaron de la mesa y cuando Fabel miró de reojo, a un lado y a otro, resultó que estaba sola, frente a la tía Justi que la miraba con evidentes ganas de charlar.

–Pues yo... me tengo que ir pronto a la cama. Soy más pequeña de lo que parezco.

A la tía Justi, eso le importaba muy poco tirando a nada.

–Tenemos algo en común tú y yo: tu madre me ha confesado que eres una ratita de biblioteca. Fíjate que a mí también me apasionan los libros, soy una gran aficionada a las historias; a las buenas, claro. No hay nada mejor que soñar despierto con castillos encantados, bosques mágicos, criaturas sobrenaturales...

Fabel dió un respingo al notar algo suave enroscándose entre sus piernas. Era el gato, que la bufaba con sus amarillos ojos entrecerrados.

–Ah, no te preocupes por Hexebox, es un poco celoso. Estamos siempre juntos y cuando presto atención a otros, se enfada. Cosas de gatos.

–Me parece que no le gusto.

–No mujer, no te preocupes, él es resentido con todo el mundo. En fin, querida, lo que te quería comentar, es que yo soy la mayor experta universal en cuentos y leyendas. Hace ya unos años, el rey de un país muy lejano que no viene al caso, me concedió el diploma a la «*Doctora honoris causa* de los cuentos mundiales». Un apreciado título, que solo ha sido concedido en treinta y cinco ocasiones excepcionales. Así que, toda pregunta que tengas, sobre cualquier cuento, historia, leyenda, fábula, puedes hacérmela. Yo que tú, no desperdiciaría esta oportunidad...

–¿*Doctora honoris causa* de los cuentos?, ¿eso existe? –preguntó desconfiada.

–Ay, querida, pues claro que existe. Veo que aún no sabes nada.

La tía Justi parecía tan convencida, que Fabel pensó que quizás podría tener razón. Al fin y al cabo, ella todavía era pequeña y había muchas cosas que no sabía.

Se acordó de que sí tenía una pregunta, una que casi había olvidado, una que le había perseguido hacía mucho tiempo pero que nadie le supo responder entonces. Se le ocurrió que podría probar a la tía, a ver si de verdad tenía todas las respuestas, como presumía.

El dilema de Fabel era el siguiente: todos los cuentos infantiles empezaban con la misma cantinela de «hace mucho tiempo en un lugar muy lejano», pero a Fabel, que consideraba muy lógica y comprensible la parte de «hace mucho tiempo», se le escapaba la parte de «en un lugar muy lejano». ¿Dónde estaba aquel lugar si se podía saber? Claramente bien lejos, porque lo que allí había, en los alrededores de su barrio, no se parecía en nada a los sitios de las historias fantásticas. En su momento, había preguntado a varios adultos, y todos habían coincidido en que el lugar más lejano era algo llamado Australia. Fabel insistió tanto, que su padre le compró un DVD sobre Australia. Se lo vio muchas veces y allí, era verdad, había cosas raras, pero desde luego, nada que ver con los cuentos. Todo esto explicó la niña a su tía Justi, que escuchó poniendo gran atención.

–Vaya, querida. Esa es una excelente pregunta: ¿dónde está el lugar de dónde vienen los cuentos? Te alegrará saber, que tengo la respuesta. Bien, vamos a un sitio más privado, no es una historia que pueda oír cualquiera.

Fabel advirtió asombrada que su corazón empezaba a palpar con emoción, y era porque la creía: estaba claro que si una persona en el mundo podía conocer algo como aquello, tenía que ser alguien como ella.

–Verás, querida –susurró la mujer en el dormitorio–, por mucho que te hayan dicho que los cuentos suceden en un lugar muy lejano, o incluso en un lugar imaginario, te han mentido. Sin intención, es que hay gente que no sabe ciertas cosas. Hay un sitio, no tan lejano; un sitio que vemos continuamente, que está en todos los lugares del mundo, como en todos los lugares hay cuentos, un lugar que no podemos tocar, ni retener entre los dedos.

A Fabel se le ocurrió que la tía Justi se estaba inventando una milonga.

–¿Cómo?, ¿que no me crees? Puedo verlo en tu mirada, querida. Sí hay un sitio así. Lo hay. Compruébalo tú misma, aquí, ahora. Solo tienes que mirar por la ventana...

La niña miró y miró y miró. La verdad es que puso mucho interés; quería descifrar el acertijo para demostrarle a la tía lo lista que era. Repitió varias veces en la cabeza sus palabras: «Un lugar que está en todos sitios. Que podemos ver cada día. Que no podemos tocar».

–Las nubes... –dijo al fin orgullosa.

–Las nubes. Entre esas pequeñas gotitas de agua que flotan en el cielo, viven los cuentos. Cuando llueve, caen a la tierra fragmentos de historias, para quien quiera recogerlos. No todos recogen historias, algunos solo se mojan bajo la lluvia. Yo sin embargo, adoro pasear en medio de un chaparrón. No hay nada como dejar resbalar por la cara, las gotas de agua que vienen del cielo.

La tía Justi se levantó y empezó a dar vueltas con los brazos extendidos, mirando hacia el techo. Cada vez más rápido, y más rápido. Fabel la observaba con la boca abierta. De pronto, se echó a reír sin saber por qué y se unió a ella.

Lo que le acababa de contar la tía Justi, por muy extraño que pudiera parecer, era la verdad. Todo el que la hubiera escuchado habría sabido, sin género de dudas, que aquella historia no era ninguna mentira.

Llegó la hora de meterse en la cama y la niña tuvo que aplazar un montón de preguntas, en especial el motivo que había traído a la tía hasta allí. ¿Y si había venido anticipándose a la muerte de alguien, para poder despedirse?, se le ocurrió a Fabel. En ese caso, aunque no quería darle muchas vueltas al asunto, ella tenía malas cartas; recordaba que había dicho que estaba allí «por su culpa». Para poder conciliar el sueño, se distrajo acordándose de las nubes y de los cuentos que allí habitan. Al final, se quedó dormida sonriendo, consciente de que conocía un secreto que nadie más sabía. Se lo guardaría para ella, para siempre, como un tesoro.

Por la mañana, nubes negras anunciaban lluvia de nuevo. La tía esperaba tras la puerta:

–¿Damos un paseo, querida? Hay algo de suma importancia que debo decirte.

–Pero... Va a empezar a llover –dijo Fabel contrariada.

–No entiendo esa costumbre de huír despavorido ante las primeras gotitas de lluvia. Yo no sé de nadie que sufra daños permanentes cuando se moja. Al contrario; es extremadamente probable que una persona empapada bajo la lluvia, acabe con una sonrisa en los labios.

–Pues a mí no me gusta cuando llueve.

–Justamente de eso quería hablarte –contestó la mujer, de repente, muy seria.

Fabel se sintió desconcertada. Conocía desde hacía poco a su tía pero nunca la había visto con una expresión tan severa. El tema no le parecía para enfadarse, pero su cara no dejaba lugar a dudas. No le quedó otra que seguirla dócilmente hasta el parque, que por supuesto, estaba desierto.

Las primeras gotas empezaron a caer sobre la nariz de Fabel que las limpió disimuladamente.

–Así que es verdad: no te gusta la lluvia. –La tía suspiró indignada–. Eso es algo, que no puedo aceptar. Tienes que cambiar inmediatamente de actitud. Creí que conociendo lo que ahora conoces, pensarías de otra manera, pero veo que tendré que usar otros métodos, eres dura de pelar. En fin, no importa, vengo preparada, he traído todo lo necesario.

«¿No estará loca? –pensó Fabel–. A ver si me va a hacer algo...».

–Mujer, que no te voy a morder. Al contrario; te voy a dar una cosa. A prestártela.

–¿El qué? –dijo Fabel, con un hilo de voz.

–Un libro, por supuesto. Uno muy antiguo. Nunca has visto algo así, y no eres la única. Muy pocos han tenido ese privilegio, pero tú tienes la suerte de ser mi sobrina. Antes debes prometer solemnemente que nunca jamás hablarás sobre él con nadie, y que no dejarás que nadie lo toque ni lo vea mientras esté bajo tu custodia. –Fabel asintió–. Bien. Está aquí, conmigo, no puedo dejarlo solo, es muy imprevisible.

De su raído bolso de piel marrón, más viejo que el gato, sacó despacio algo envuelto en un brillante terciopelo rojo. Se lo tendió a Fabel que lo destapó con dedos inseguros. Era efectivamente un libro, uno muy viejo con la tapa de piel oscurecida por el tiempo. Buscó el título, pero no ponía nada. Pasó los dedos delicadamente por la cubierta, acariciándolo. Pudo sentir la suavidad del cuero, y su olor al entrar en contacto con las primeras gotas de lluvia. Despacio, empezaron materializarse unas elegantes letras doradas en la portada. Parpadeó varias veces, dudando sobre lo que realmente había visto.

–¿Qué pone? –preguntó la tía curiosa.

–«Cuentos inundados» –leyó Fabel.

–Bien. Justo lo que necesitamos. Bueno, ya me contarás mañana; es una lástima, será el último día. Ahora debemos volver, Hexebox me estará echando de menos.

Aquella tarde, Fabel esperó impaciente la llegada de la noche para poder leer el libro sin que nadie la molestara. En todo ese tiempo, un pensamiento persistente que ella se empeñaba en ignorar, volvía una y otra vez a su cabeza: «Mañana será el último día».

Cuando llegaron la calma y la oscuridad, alumbrándose con una linterna, abrió el misterioso libro esperando encontrar allí respuestas. Pero lo que leyó en el índice no era en absoluto lo que había esperado. Sintió decepción. «Cenicienta», «Caperucita Roja»,

«Los tres cerditos», «La Bella y la Bestia»... Una larga lista de los cuentos que todo el mundo se sabía de memoria. «Pues vaya –pensó–, menudo ladrillo».

Hojeó distraídamente entre sus páginas, y se sorprendió al encontrar en el cuento de Caperucita Roja, una cómica ilustración que mostraba a Caperucita con el Lobo Feroz subidos en un tronco flotante, remando juntos para llegar a la casa de la abuela. «Uno, dos, uno, dos. Venga Lobo, que llegamos», animaba la niña. Resultaba que el bosque de aquel cuento... ¡estaba inundado! Fabel frunció el entrecejo contrariada.

Pasó unas páginas más, y leyó una versión inédita del encuentro de la Bella y la Bestia: llovía intensamente y la Bella cabalgaba empapada hacia el castillo de la Bestia para cumplir su triste destino: quedarse a convivir con el monstruo. Pensar en su padre le daba fuerzas, debía hacerlo por él, ya no había marcha atrás. El portón del jardín del palacio se abrió lentamente, y la Bella entró temblando. Pudo distinguir una enorme silueta que la esperaba bajo la lluvia. La muchacha se estremeció. ¿Cómo sería él? Su padre le dijo que era terrorífico. Fue hacia la sombra insegura y al acercarse lo suficiente, sus ojos se abrieron por la sorpresa. Aquello era un enorme gato mojado. «Perdón, yo buscaba a la Bestia», dijo educadamente. Él bajó la cabeza. Empapado parecía bastante enclenque. Se giró para que no la viera reírse. Pobre. Le tomó del brazo y dándole unas palmaditas en la espalda se lo llevó para dentro. «Yo te seco y te hago un peinado, que a tu paso se van a ir desmayando del susto todos los animalicos del bosque. Sí, esos que se ríen de tí ahora, subidos al árbol», dijo señalando con dedo amenazador en dirección a las ardillas guasonas.

Fabel también leyó, cómo la casa de chocolate y golosinas de la bruja de Hänsel y Gretel se deshacía bajo la lluvia. Galletas, caramelos y regalices, nadaban en una y otra dirección mientras los niños y los animales los recogían eufóricos. La bruja intentaba atraparlos, pero no podía alcanzarlos con sus viejas y huesudas piernas. «¡Ya no hay

respeto por nada! ¡Venid aquí y dejad que os coma inmediatamente!», decía agitando su bastón.

Fabel sonrió. Aquellas historias pasadas por agua le habían hecho gracia. Pero era tarde, así que dejó el libro oculto en su estantería, y se fue a dormir.

Le despertó por la mañana el constante y penetrante repiqueteo de la lluvia contra el cristal. Aunque la ventana permanecía cerrada, en el suelo bajo la estantería, había un enorme charco. Le dio muy mala espina. Buscó el libro de la tía y por fuera parecía que todo estaba bien, sin embargo, al mirar entre sus páginas, descubrió horrorizada que se había vaciado de agua.

Pasó nerviosamente las hojas, y vió el bosque de Caperucita Roja, que ya no era un bosque sino un desierto. Sin agua, habían muerto todos los árboles, no quedaba ni una planta, no había apenas colores. El lobo agonizaba tirado sobre la arena, buscando desesperado unas gotas para beber.

Entonces, recordó que la Bestia moriría cuando la última rosa de su rosal hubiese caído. Al llegar al cuento ya era tarde, no quedaba ni un solo pétalo. Arrodillada frente a una tumba solitaria, estaba la Bella cubierta por un largo velo negro.

Buscó a Hänsel y a Gretel, pero su casa había quedado abandonada hacía mucho tiempo. El padre, leñador, no tenía árboles que talar. Sin comida, ni calor, la familia no sobrevivió ni un solo invierno. Todo lo que quedaba de ellos eran cuatro cruces de madera.

Angustiada, fue a buscar a la tía. La encontró tranquila, disfrutando de una taza de té.

—Ha pasado algo terrible.

—¿El qué, querida? ¿Qué te atormenta? —dijo impasible, dejando la taza sobre la mesa.

—El libro se ha secado.

–¿No lo habrás puesto en posición vertical?

–Pues claro, en la estantería. ¿No se podía?

–Me pareció que era evidente, querida.

–¿Evidente? No era evidente. ¿Cómo iba a saberlo?, ¿por qué no me lo dijiste? Y ahora, ¿qué vamos a hacer? ¡Los personajes están muriendo!

–Es una situación ciertamente dramática. En otras circunstancias sería una auténtica tragedia, pero la suerte está de nuestro lado. Mira por la ventana, querida. ¿Qué ves? Yo veo gotas de inspiración cayendo del cielo. Ahí tienes la terraza. Puedes ponerlo en el suelo.

–¿No se mojará? –preguntó Fabel insegura.

–Sí se mojará. Pero es eso justamente lo que queremos.

Unas gotas de lluvia bastaron, para que todas las historias volvieran a inundarse. Las flores brotaron extendiéndose por la hierba del jardín de Cenicienta, los árboles crecieron imparables en los bosques de Caperucita, los lagos se llenaron para el Patito Feo y los mares para la Sirenita. Llovía de nuevo en los cuentos, que se llenaron de vida.

Entonces vio la maleta de la tía. No quedaba más tiempo.

–Dímelo. ¿Voy a morir pronto? –soltó Fabel de sopetón.

–Qué dramática. ¿Cómo has llegado a tan funestos pensamientos? ¿Te pasa mucho?

Fabel le explicó abatida sus sospechas.

–Vaya, querida. Eso es una majadería. Yo no me guío por reglas, vengo cuando me da la gana. He venido para reconciliarte con la lluvia, para que entiendas que la lluvia es vida, y la vida es inspiración. Y ahora me voy. Me voy yo, no tú. Empieza el verano y no soporto ese clima tan seco, prefiero seguir a la lluvia –dijo levantándose y tomando su maleta–. No puedo dejártelo.

–Ah, sí, perdona. –Fabel le tendió el libro, triste. No le salieron más palabras.

–Adiós, ratita de biblioteca. Hazme un favor: sigue en las nubes.

Y salió por la puerta seguida de su siniestro gato dejando un enorme silencio.

Al año siguiente, con la llegada de las primeras lluvias, Fabel la esperó. Pero ella no volvió. Y al otro año tampoco, y así año tras año, hasta que pasó mucho tiempo y Fabel se hizo mayor, y tuvo una hija, y un gato pardo al que llamó Hexebox. Confió en que entonces la tía vendría, quizás para conocer al bebé, o al gato. Pero no lo hizo. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que se vieron, que Fabel imaginó que quizás estaba en las nubes, entre millones de diminutas gotitas de agua, en el lugar de donde vienen los cuentos. A veces lamentaba que no le hubiera dejado ni siquiera un pequeño recuerdo. Ni una foto. Con el tiempo, fue olvidando su cara, aunque recordaba bien su pelo arcoíris, los zapatos puntiagudos y aquellos ostentosos anillos. Hay personas que dejan otro tipo de cosas, cosas que no se pueden atrapar entre los dedos. Fabel heredó la buena costumbre familiar de bailar bajo la lluvia siempre que le apetecía, y de chapotear en los charcos cuando le venía en gana, incluso con zapatos de tacón, sin importarle lo que pensarán los demás. Y así se lo enseñó también a su pequeña hija. Algunos creían que estaba un poco loca, y en verdad, ¿quién puede asegurar lo contrario? Pero lo cierto es, que a Fabel nunca le faltaron buenas historias que contar.

CUENTO DE AGUA DULCE

Se llamaba Adriana. Ella no lo sabía, pero su nombre significaba, en un idioma muy antiguo, ya perdido en la memoria de los más ancianos, “la que viene del agua”. Adriana no podía saberlo que era aún una niña. Apenas abultaba más que Tigre, el gato que robaba pescado y cangrejos en los puestos del mercado de los domingos. De cualquier modo, y aunque no supiera por qué, ella se llamaba Adriana.

El cabello de Adriana era largo, ondulado y de un tono pelirrojo que, cuando se mojaba, parecía casi de fuego.

Las noches de San Juan, en su aldea, era costumbre vestir una túnica blanca -no podía ser un camión ni una camisa ya usados, le había repetido tía Eulalia, debía ser una prenda pura, sin estrenar- y sumergirte de lleno en el río, de los pies a la cabeza. Incluso los más ancianos estaban obligados a hacerlo, incluso los recién nacidos, abrazados al pecho de sus padres o madres, llorosos o con los ojos como platos. Eso se hacía de noche. Con la luna de San Juan.

No hacerlo era impensable. Adriana recordaba claramente una conversación que tuvo con tía Eulalia, como si hubiera sido ayer. Puede que hubiera sido ayer -era tan solo una niña-. Pero lo importante es que la recordaba con nitidez, oía la voz profunda, casi hombruna de su tía, una mujer ya entrada en edad y de negro como color esencial -excepto esas noches.

- ¿Y qué pasa si no nos bañamos, tía?

No es que Adriana no tuviera ganas de hacerlo. El día había sido inusualmente caluroso y el chapuzón iba a ser muy placentero. Sin embargo algo, una duda sin definir o tozudez infantil la llamaban a resistirse al ritual.

Los ojos de tía Eulalia se abrieron como platos e interrumpió su labor de calceta y el vaivén de la mecedora. Adriana se arrepintió enseguida de haber preguntado y miró de

rejojo hacia la puerta por si tenía que salir corriendo del salón y refugiarse bajo la mesa de la cocina, cuyo mantel era azul oscuro, olía bien y tras el que la niña se sentía segura y feliz.

Los ojos de tía Eulalia, entonces, sonrieron y Adriana se relajó: la mujer que tejía una bufanda verde esmeralda no estaba enfadada. Solo le apetecía hablar, contar una historia como hacía en las noches de tormenta, cuando el viento apagaba los candiles y su voz se alzaba para luchar contra truenos y tejados temblequeando.

- Hay que hacerlo, Adriana, pequeña ratoncita. Hay que hacerlo.

La niña esperó con una leve sonrisa en sus labios diminutos, tan propensos a llenarse de churretes, restos de la leche del desayuno, del chocolate de la noche. Tía Eulalia volvió a balancearse, y el “ñic ñic” de la mecedora llenó por un momento aquel cuarto en penumbra, atravesado por dos únicos haces de luz de la tarde que se colaban desde el ventanuco. Esos “ñic ñic” eran los puntos y las comas de la historia de tía Eulalia.

Eso lo sabría Adriana muchos años después, cuando aprendiera a leer.

Fuera la que fuese, la razón que le dio tía Eulalia fue suficiente para la niña, que bajó obediente y puntual hasta la vega del río como el resto de aldeanos. En la parte central el agua cubría hasta a los caballos más grandes, pero casi nadie se alejaba más de unos pasos de la orilla. Aunque pequeño y manso en casi todo su recorrido, el río era un elemento poderoso, de comportamiento errático e inesperado. Hombres y mujeres, todos de blanco impolutos, se metían en el agua con cautela, pisando los guijarros que, bajo el peso de sus pies desnudos, hacían “crus-cris-crus”, una canción que hacía reír a Adriana, y mujeres y hombres se tendían entonces como si fueran a dormir para que el agua fría e impaciente les cubriera por completo, les empapara. Era apenas un segundo, se incorporaban rápido y salían con apremio hacia las hogueras de la plaza para calentar sus trémulos cuerpos y beber vino caliente. Ya habían completado el ritual de ese día tan especial, ya habían aplazado, al menos durante un año, el sino funesto que esperaba a los que no participaban.

Algunos jóvenes se quedaban bajo la superficie hasta dos, tres minutos para impresionar a las muchachas. Estos otros rituales no interesaban lo más mínimo a la pequeña. Ella se tomaba la noche de San Juan muy en serio. Y más desde que tía Eulalia le contó lo que sucedería si, algún año, se le olvidaba, o se negaba a ello.

Se fueron a un rincón apartado. La oscuridad de la noche del verano incipiente, apenas rota a intervalos por la luna o las teas de algunos vecinos precavidos, infundía un aspecto reverencial, casi mítico a aquel bautizo renovado. Aunque no era lo que estaba pensando Adriana en ese momento. La niña pensaba en lo fría que estaba el agua, pero antes moriría congelada que admitirlo. Tía Eulalia, rígida como un tronco de abedul, se había sumergido ya y esperaba a la pequeña de pie, con el agua cayendo desde su moño al suelo, “plic, plic”. La figura de la mujer se podría confundir, desde lejos, o en un vistazo rápido, con un hatajo de juncos salvajes. Adriana se dio cuenta de que se había quedado quieta, con los ojos muy abiertos y la boca entreabierta, mirando a su tía. “¡Pareces un pasmarote!”, solía gritarle a la niña, que no podía evitar caer en ese gesto de cuando en cuando.

- Adriana...

- Sí, tía. Lo siento, tía -se apresuró a decir mientras avanzaba, a saltitos, hacia la parte más profunda del remanso del río. Como una ranita asustada.

Una ranita asustada y con vestido blanco. Adriana se tapó la boca con las manos para ahogar un ataque de risa, pero el brusco movimiento desequilibró su torpe cuerpecito (“¡un pasmarote! ¡una rana asustada y pasmada!”) y fue a caer de bruces contra el agua. El líquido elemento ahogó primero su risa y luego su sorpresa. Había pasado del aire al agua en un parpadeo y, lejos de asustarse, Adriana se desperezó, se balanceó y dejó acunar por la leve corriente submarina. Sentía la túnica blanca flotar, querer escaparse de su cuerpo; y sentía también su pelo rojo haciendo ondas en el río, haciendo S S S S, tantas que se olvidó de respirar y de pensar que era una ranita asustada. Se dio la vuelta y vio la luna pálida, desenfocada a través de la barrera invisible del río. Emergió poquito a poco, tan lentamente como pudo, y la primera bocanada de aire la tomó con los ojos cerrados, y la segunda entreabiertos, y su pelo ahora no era rojo, era una llamarada

naranja que encendía el agua dulce del río, y hasta tía Eulalia sonrió. Ella, que no hacía eso nunca, sonrió al ver a su niña pasmarote allá en medio flotando, como una sirena dormida o perezosa.

Fue la última vez que Adriana vio a su tía sonreír. Pocas semanas más tarde sus padres regresaron de aquel largo y misterioso viaje al extranjero sobre el que tía Eulalia le tenía prohibido preguntar y los tres, mamá y papá y ella, se mudaron a la ciudad. Una nueva vida, oportunidades, maravilloso, no nos olvides, mucho mejor para la niña, el pueblo no tiene ya nada, el futuro, el futuro, pensando en el futuro. Todas esas palabras iban y venían de un padre a otro y de ahí a los vecinos y a tía Eulalia y a los otros titos. Aunque los ojos de tía Eulalia habían cambiado, Adriana lo notó. Ya no eran fríos y azules, como los de una muñeca de trapo, inertes. Desde el anuncio de la partida los ojos de su tía eran de otra forma, hasta puede que de otro color.

- Eso es imposible -dijo Ramón, su amigo de la plaza. Aunque Ramón sabía poco de estas cosas, porque solo había ido tres o cuatro veces al colegio, y todos en el pueblo decían que era un bruto.

Lo que nadie pudo negar, ya que todos lo vieron, es que los ojos de tía Eulalia, azules o de otro color, se inundaron en lágrimas la mañana que salió a despedir a su única familia, allí, en la colina baja, los ojos entornados, nublados para el resto de su vida.

El viento, irrespetuoso, le enredaba hojas y polvo en el pelo y sacudía el vestido negro como si fuera una bandera y ella un mástil triste y solitario. Y tía Eulalia, llorando, azotada por ráfagas de viento que presagiaban lluvia, levantaba la mano y decía adiós con la boca aunque ningún sonido salía de la garganta. Adriana iba en la parte de atrás del coche y se debatía entre dos emociones radicalmente contrapuestas: la pena por dejar su hogar, el antiguo, y la (terrorífica) alegría por entrar en una vida nueva, por escribir.

Pasaron unos años. Adriana ya no era una niña o, al menos, eso se esforzaba por hacer ver a los demás. Se acercaba la noche de San Juan y, como siempre, preparó su mochila para pasar esas fechas en su aldea -y cumplir el ritual, añadía una vocecita en su cabeza. Adriana se sentó en el sofá y esperó a que llegaran sus padres del trabajo. Se había oscurecido el pelo aunque los reflejos de su rojo original parecían casi imposibles de

borrar. También lo había recortado, de un modo salvaje, desigual, y mantenido de ese modo pese a las protestas y veladas amenazas de su madre. A ella le gustaba.

No encendió el televisor. Era era quizá la única costumbre de la ciudad a la que no había llegado a a habituarse. No le veía sentido, le parecía muy tonto prestar atención -tanto tiempo seguido- a una máquina. Esperó en el silencio del amplio cuarto, luminoso y ordenador, con la leve satisfacción que sentía cuando iba a viajar, en especial al campo, a la naturaleza. Había decidido que estudiaría para veterinaria, o naturalista, o puede que agente forestal. Ojalá al lado de una inmensa presa, de un lago cristalino o unas cataratas como las que veía en la enciclopedia de la biblioteca de su colegio. Ensimismada en su futuro cayó en una somnolencia agradable, sentada en el sofá, agarrada a su mochila como si fuera un oso de peluche, hasta que un escalofrío la hizo volver en sí.

El salón estaba en penumbra. Había oscurecido. Sus padres no habían llegado aún. Se levantó con un mal presentimiento; agarró el teléfono para llamar pero antes de poder marcar un solonúmero el aparato se iluminó y timbró con rabia. Lo descolgó con cautela, como si fuera un animal desconocido que pudiera resultar peligroso. Era su padre.

Su mejor amiga, Ralizza, cuyos padres habían llegado desde Oriente Medio antes de que ella naciera, la miraba con un mezcla de hastío y burla. Estaban las dos en la azotea del edificio donde vivía Adriana, su escondite secreto, donde se hacían todas las confidencias y adonde huían cuando lo creían necesario. Era como su casa en el árbol, en una ciudad que no tenía apenas árboles -ni mucho menos, con casa entre sus ramas-.

Echada cada una en una hamaca destartalada que habían rescatado del trastero del edificio, las adolescentes miraban al cielo, donde apenas asomaba alguna pálida estrella. “Es por la contaminación lumínica”, le contó una vez su madre, que se dedicaba a dar clases de Ciencia Avanzada en una universidad privada. Luz contaminada, pensó Adriana. Qué cosa más triste.

- Pues vaya drama. Que el coche de tus padres está averiado y no podréis llegar al pueblo hasta el lunes. ¿Qué prisa tienes? -preguntó Ralizza, aunque sabía de sobra la razón. Pero quería escucharlo de labios de su amiga para seguir picándola.

Adriana miró a su amiga, pero en la oscuridad apenas distinguió su perfil.

- No te quedes conmigo. Para mí es importante estar allí hoy, Noche de San Juan. Debería estar y...

- ... y hacer el ritual en el río -terminó Ralizza, imitando la voz cantarina de su compañera.

El silencio de su amiga, que no contestó a la pregunta, la preocupó.

- ¿Te has enfadado, Adriana?

- No -aunque la voz sonó débil.

- Pero cariño, si no pasa nada. Mañana cuando lleguéis, lo haces.

- No, no se puede. Ha de ser esta noche. O si no...

- O si no, ¿qué? ¿Qué va a pasar? -cuestionó Ralizza con impaciencia.

El crujido de la hamaca delató que Adriana se había incorporado. Ralizza la veía a duras penas, asomada al borde de la azotea. Más bien su figura, en negro profundo, se recortaba contra el paisaje de luces urbanas, semáforos en la lejanía, faros de coches, ventanitas de habitaciones iluminadas como colmenas humanas. Adriana y la ciudad.

- Esta ciudad puede ser maravillosa, sobre todo de noche. Pero no tiene río, Adriana. No podrás seguir la tradición. Aunque no pasará nada -se apresura a agregar Ralizza con un hilillo de voz.

Adriana se sienta en el borde de la azotea y su amiga la imita. Tienen que confiar en el tacto y el instinto, la vista apenas vale de nada allá arriba. Ambas dan la espalda a los miles de puntos de luz artificial que llenan de vida las calles, allá abajo, y a lo lejos.

- Sin embargo...

- ¿Sí?

- Recuerdo una historia que me contaba mi tía Eulalia. Ella, de niña, vivió aquí, en este mismo barrio, justo cuando inauguraban los edificios y las parejas de recién casados se instalaban en los pisos después de hacer el viaje de la luna de miel. Luego, a los 15 años, se fue al pueblo.

- ¿Y eso por qué? Qué raro. Justo al contrario que tú.

- Esa es otra historia -Adriana sonrío- Ya te la contaré, es un poco triste y un poco hermosa, como casi todas las historias que merecen la pena.

- Supongo que sí -dice Ralizza, que se recoge los pies y los rodea con sus brazos, en un gesto típico de ella, que la identifica plenamente. Sobre todo cuando lo hace en ese lugar, en ese rincón secreto de la ciudad que es, básicamente, de ellas dos.

- Adriana.

No hay respuesta. Y mira a Adriana, que tiene la mirada fija en la oscuridad.

- ¡Adriana!

- Sí.

- Me estabas contando... lo de tu tía.

- Sí. Verás, no me acuerdo del todo bien, pero era algo que me contó hace unos seis o siete años. Era una noche de San Juan como la de hoy. Y fue después del baño, alrededor de una fogata. Creo que estaba chispeando, era una noche atípica y muchos vecinos habían faltado a la cita. Mi tía Eulalia, ahora que lo pienso, mi tía siempre ha sido un poco bruja, en el buen sentido... porque, aquella noche, adivinó lo que me pasaría muchos años después, y lo que yo pensaría ahora mismo.

La curiosidad de Ralizza ya se ha despertado por completo, y mira con tal intensidad a los ojos y la boca de Adriana que parece querer absorber las palabras y la luz intensa que sale, que se desprende de ellos.

- Se agachó junto a mí, me abrazó y me dijo al oído... que si alguna vez me iba lejos de allí, que si alguna vez pasaba una Noche de San Juan fuera de la aldea, que buscara el río. Que todas las ciudades tienen uno, visible o no. Que por todas las ciudades fluye un río interior, que a veces se ve y otras va por abajo, como las galerías de los topos. Eso me dijo mi tía, y alguna cosa más que no logro recordar.

- ¿Un río interior?

Las dos se quedaron un momento calladas, sumergidas en sus pensamientos, y la noche las acogía sin interrumpirlos. Entonces, Ralizza se volvió a ella.

- ¿Tú no tenías la llave del sótano?

El trayecto en el ascensor desde la azotea hasta la Planta SS se hizo mucho más largo del habitual. Una vecina en rulos y bata de flores bajó del 8º al 6º. En el 5º, un ejecutivo de unos 40 años, armado con su cartera de piel negra y su mirada decidida, entró para salir en el 2º. ¿Qué iría a hacer allí, a esas horas? El bloque era de viviendas, no había oficinas, y menos abiertas por la noche. Adriana no conocía a ninguno de aquellos vecinos, si lo eran, aunque eso era lo normal en la ciudad. Ni siquiera sabía el nombre de la persona que vivía en el piso de al lado, un anciano que vivía, al parecer, en plena soledad. Era lo normal, recalcaban sus padres.

En la Planta Baja tuvieron que esperar 5 minutos a que unos niños terminaran de dar vueltas y de perseguirse por el portal, con su madre detrás, gritándoles, para bajar juntos hasta el sótano. Los pequeños miraban divertidos, como si supiesen algo que ellos ignoraban, y la madre solo miraba su reloj. Salió del ascensor antes de que las puertas terminaran de abrirse, escabulléndose de una preocupación, intentando dejar atrás el estrés.

- Disculpe...

Adriana apenas fue consciente de que había sido su boca la que había dejado escapar aquella frase. Se imaginó explicándole el ritual de San Juan, y cómo la purificaría y la protegería, y hablándole del río interior que buscaban, porque tres siempre serían mejores aventureras que dos.

Pero vio la mirada de la madre, los comentarios cada vez más impacientes de los niños, y el tono educado aunque sorprendido de la mujer.

- ¿Sí? -dijo la vecina, casi exigiendo que la consulta fuera rápida e impersonal.

- Oh, nada, perdona. Disculpa.

Las dos amigas, aún en el ascensor, vieron cómo las puertas volvían a cerrarse, y el bufido irritado de la madre antes de desaparecer en el pasillo, torciendo a la derecha, hacia su monovolumen. Ralizza apretó el botón para que volvieran a abrirse. Ya no había nadie en el pasillo, cuyas luces automáticas se encendieron con un parpadeo inicial sonoro, rítmico.

- Vamos, ¿dónde es? -Ralizza salió la primera, mirando a izquierda y derecha.

- A la izquierda. A la izquierda, luego una puerta verde y a la derecha. Trastero número 67

-Adriana le tendió unas llaves.

- Pero, ¿tú no vas a venir?

- Sí, pero antes debo hacer una cosa, yo sola. Espérame allí.

Adriana llamó a la puerta al cabo de quince minutos. Iba vestida con una túnica blanca que resaltaba su cabello oscuro. Descalza, notó Ralizza, y desnuda bajo esa tela ligera.

En la mano llevaba otra túnica y se la dio con una sonrisa amplia.

Habían hecho algo de espacio en el centro del trastero, atestado de cajas y muebles, un bici vieja y piezas de un automóvil que nadie recordaba ni echaría de menos ya. Se tendieron en el suelo, que estaba frío y ligeramente húmedo. Oía a libro viejo, a cartón, a algo más sutil, indefinido. Estaban echadas boca arriba pero en direcciones opuestas. Adriana creyó que sería lo correcto. Con una mano se agarraron fuerte y con la otra palparon el suelo.

- Es tierra -dijo Adriana- Bajo las toneladas de cemento, edificio, cañerías, túneles, alcantarillas, hay tierra y, en ella, siempre hay agua.

Repetía, sin saber cómo, sin haberlas aprendido o memorizado antes, las palabras de tía Eulalia. La mano que apretaba la mano de Ralizza le ardía. La otra, en cambio, que mantenía contra el suelo, estaba fría -como si la tuviera sumergida en un arroyo. Casi habían llegado.

Se giró hacia su amiga y se abrazó a sus rodillas. Su pelo volvía a resplandecer, a iluminarse en intensas llamaradas.

(madrid, agosto de 2015)

MÁRTIRES DE LA SED

In memóriam.

Avanzaba parsimoniosa, con un sensual balanceo de caderas. Con una mano sujetaba el cántaro que llevaba en la cabeza, mientras apoyaba la otra en su cintura. El donaire con que lo hacía, y la lozanía casi insolente de su juventud, resultaban cautivadores. Tras ella, se oía el cristalino rumor de la fuente del pueblo. Era una mañana de primavera; un aire fresco y húmedo lo invadía todo, arrastrando una sinfonía de aromas..

Un seco disparo interrumpió de golpe estas ensoñaciones, devolviendo abruptamente al joven cabo, oriundo de Fuentes de Ropel, al lugar donde realmente se hallaba. Tras ponerse instintivamente a cubierto, notó que algo le abrasaba el cuello y que una sensación cálida y húmeda descendía por su pecho.

— ¡Relea coño! —gritó el teniente Esgueva— ¡¿Está usted loco?! ¿En qué está pensando?

No hubo tiempo para más reprimendas, un paqueo letal e intenso y las ágiles evoluciones de los rifeños, que ocupaban las colinas adyacentes, presagiaban un nuevo e inminente ataque al blocao. Los más próximos a los parapetos tomaron posiciones, mientras el resto, arrastrándose por el polvoriento suelo africano, intentaba ponerse a salvo.

Teodoro Relea se llevó la mano al cuello; sangraba abundantemente, pero pronto se dio cuenta de que había tenido mucha suerte. La bala sólo le había rozado, no era más que un rasguño. Tras la repentina vuelta a la angustiosa realidad, su cabeza era un hervidero de pensamientos y sensaciones de todo tipo. No hacía ni dos meses de su llegada a Melilla, en la primavera de 1921, pero parecía que llevaba toda una eternidad en aquellas infernales montañas del Rif. Todo le parecía tan lejano..., su pueblo, su vida anterior, sus sueños de juventud; todo..., menos ella, a cuyo recuerdo se aferraba en mitad de aquella carnicería inhumana y despiadada.

El despiadado sol martilleaba las cabezas de aquellos hombres exhaustos. Repuesto de su pasajero delirio, el mordisco de la sed le atenazaba de nuevo, haciéndole olvidar las “molestias” del disparo que acababa de recibir. El calor, el hambre, el sueño, la acechanza de la muerte...; todo quedaba en un segundo plano ante la insostenible carencia de agua. La vista se le nublaba y, por momentos, creía ver nevadas las abrasadas colinas. Los agrietados labios apenas sentían el roce de una lengua que ya no sentía como propia, y el instintivo reflejo de tragar la saliva que, fluía a duras penas, se convertía en un suplicio. Ese maldito nudo que comenzaba en su garganta estrangulaba sus entrañas, provocándole unas irresistibles ganas de vomitar.

Tanto él como sus compañeros se hallaban al límite. Llevaban varias jornadas rodeados por los cabileños de Beni Urriaguel, sin noticia alguna del resto de las unidades más cercanas, y con las reservas de agua agotadas desde hacía dos días. Un error del Alto Mando, tal vez un exceso de confianza o, simplemente, una criminal imprevisión, habían motivado que la posición que tenían que defender aquellos desheredados de la fortuna estuviese a casi medio kilómetro de la fuente más cercana. No cabe duda de que, en sus triunfalistas planes, aquellos bigotudos generales jamás imaginaron de lo que iba a ser capaz el hijo de un cadí rifeño, otrora escribiente y traductor al servicio del Ejército español. Se llamaba Muhammad Ibn 'Abd el-Karim El-Khattabi, pero pasaría a la Historia como Abd-el-Krim.

Hasta la aparición de los primeros hombres del caudillo de Axdir todo había transcurrido con relativa normalidad, si es que de normalidad puede hablarse en tiempo de guerra. Habían dispuesto de provisiones suficientes y sobre todo de agua, mucha agua; un agua límpida, fresca y cristalina.

Cada día, al amanecer, un par de pelotones bajaban con varias acémilas hasta el fondo de un barranco para hacer la aguada. Allí, había un pequeño aduar con aspecto de llevar abandonado desde hacía tiempo. En medio de aquel polvoriento pedregal, era como un pequeño paraíso donde crecía la hierba y abundaban frutales y palmeras.

— ¡Venga Relea, ánimo! Te invito a una cerveza. Te la has ganado. —gritó con gesto cansado, pero divertido, el soldado Fulgencio Aguado que estaba en el parapeto junto al cabo Relea.

—Nos la tomaremos a la salud del sargento Arroyo. En realidad es el bueno de Arroyo el que nos invita desde su nueva morada. Antes de morir me regalo su cantimplora. Allí recogió toda la orina de la última mula que nos quedaba y la poca que él mismo pudo mear. ¿La quieres con azúcar o al natural? ¿No dirás que no te trato bien camarada?

No habían acabado su conversación, cuando una gran algarabía hizo que volvieran sus miradas en dirección al aduar. Tres rifeños desnudos se habían metido en su charca, chapoteando y vertiendo el precioso líquido sobre sus cabezas mientras gritaban «españoles estar gallinas, tener sed y no venir por agua. ¡Venid, venid, estar mucho fresca!» Ríos, un gigantesco artillero de Santoña, apuntó con la ametralladora hacia los alegres bañistas pero el capitán Laguna intervino de inmediato. Las municiones escaseaban casi tanto como el preciado elemento y no podían caer en la provocación. La guarnición, en la que ya no quedaba ni una gota de agua, a pesar de contar entre sus filas con la mayor proporción de hidrónimos de todo el norte de África, estaba a punto de enloquecer. El sonido del agua exacerbaba la sed y torturaba, de forma inhumana, las mentes de los asediados.

La tensión y la desesperación de aquellos sentenciados a muerte estaban a punto de superarles cuando alguien dio la voz de alarma. Villegas, el alevín de la compañía, con apenas dieciséis años, y muy querido por todos, había saltado el parapeto y corría

enloquecido hacia la charca gritando: «¡¡agua, agua!!» Un fúnebre y desconsolado silencio se adueñó de la posición y aquellos hombres curtidos cruzaron sus angustiosas miradas. Todos esperaban que los despiadados «pacos» que les acechaban hiciesen su trabajo con la profesionalidad habitual. Sin embargo, la certeza de un fatal desenlace fue trocándose en sorpresa e incredulidad; el muchacho, tras una larga carrera, había llegado vivo al manantial y bebía con un ansia animal.

Una extraña quietud se había adueñado de aquel lugar. No se oía a nadie y el enemigo parecía haberse esfumado. Las esperanzas aumentaron cuando Villegas, recuperado el aliento, comenzó a llamar a sus compañeros: «¡Venid, aquí no hay nadie! ¡Se han ido todos! ¡Estamos salvados!» Las atónitas miradas se cruzaron, relampagueantes, inquiriéndose qué habría pasado ¿Llegaría una columna en su auxilio cuando ya todo parecía perdido? El capitán Laguna y los oficiales amenazaban con utilizar sus armas para contener a los hombres que, impulsados por la irresistible llamada de la sed, se disponían a saltar el parapeto. No hizo falta. Un certero tajo de guma degolló aquella voz, casi adolescente, que había logrado iluminar el tenebroso ánimo de los asediados. Nadie supo de dónde habían salido aquellos fantasmas enchilabados que, segundos después, lucían en su mano un macabro trofeo: la cabeza de Villegas que aún esbozaba una candorosa sonrisa.

Un clic clac, metálico y frío, retumbó en medio del sepulcral silencio. Tras montar la ametralladora, Ríos descargó toda su rabia en el gatillo. Otros muchos hicieron lo mismo con sus fusiles, uniéndose a una saturnal de venganza en la que ráfagas y disparos escupían impotencia y desesperación. Ya no obedecían a nadie. En medio de aquella enloquecida orgía de fuego, nadie pudo escuchar los desgarrados gritos de los centinelas. Cientos de atacantes subían por la ladera opuesta como auténticos diablos; los primeros

comenzaban a saltar las alambradas. Simultáneamente, una aterradora masa de miles de guerreros bereberes había aparecido, como por encantamiento, donde antes no había ni rastro del enemigo, copando todas las alturas circundantes. La previsible ráfaga de Ríos, sin él saberlo, había sido la señal convenida para el asalto definitivo.

Todo sucedió muy deprisa. Aquel horrísono griterío era capaz de estremecer al más aguerrido, y el olor a sangre y a pólvora lo impregnaba todo. La intensa humareda no bastaba para ocultar la cohorte de cadáveres que, adoptando posturas grotescas, cuando no acrobáticas, tapizaba el suelo de la posición donde unos días antes cantaban, soñando con regresar a su tierra. En medio de aquella confusión se oyó la voz del teniente Esgueva que se desgañitaba ordenando la retirada.

Los ensordecedores latidos del corazón percutían las sienas de Relea, sincronizándose con estertóreos jadeos que asaeteaban sus pulmones. No le quedaban fuerzas pero seguía corriendo. Hacía dos horas que logró salir de aquel matadero. Para ciento treinta y un camaradas aquella pesadilla había finalizado y descansaban allí para siempre. Nunca se habría imaginado lo que el miedo y el instinto de supervivencia eran capaces de lograr. Flanqueado por el teniente Esgueva y otros dos más, corría sin ni siquiera mirar atrás, buscando la protección que ofrecían barrancos y quebradas en medio del arriscado paisaje rifeño. Juntos, como animales acorralados que se ofrecen cobijo mutuo, intentaban salvar las doce leguas que les separaban de Melilla: su salvación. El frenético periplo por ese asfixiante laberinto desembocó en una gran llanura abierta, sin posibilidad de ocultación ni protección. Se lanzaron a ella. Apenas habían recorrido quinientos metros, cuando aparecieron varios jinetes enemigos. Aún así, siguieron corriendo impulsados por una fuerza indescriptible, amalgama de arrojo, heroísmo y miedo, cuando Relea notó un fuerte golpe en su espalda. Una vaporosa neblina comenzó a cubrir el cristalino de sus ojos y sus piernas dejaron de responderle, haciéndole hincar sus rodillas en el suelo africano. ¡Todo estaba perdido! ¿O tal vez no? En ese preciso instante, escucharon un vibrante toque de corneta que galopaba como una exhalación hacia ellos

¡Eran los cazadores del Alcántara! ¡No podía ser..., era un milagro! No le dio tiempo a ver ni oír más. Cayó de bruces desplomándose como un pesado fardo.

El silencio y las tinieblas parecían tomar posesión del exánime cuerpo de Relea cuando una visión lo arrancó de las garras del invisible Hades. Un centelleante rosicler anunciaba un nuevo día; un aire fresco y húmedo lo invadía todo arrastrando una sinfonía de aromas. La brisa matinal transportaba, serena, el cristalino rumor de la fuente del pueblo. Allí estaba ella, acercándose parsimoniosa, apoyada una mano en la cintura, sujetando la otra el cántaro que llevaba sobre su cabeza. El viento mecía sus cabellos cuando le miró sonriendo. En ese momento una temblorosa lágrima brotó de los inertes ojos de Relea, resbalando por su reseca y polvorienta mejilla. El agua de la vida fluía de nuevo en aquel infernal e inhóspito desierto.

El río Aguarruín —se dijo en la comarca de Cerrojillas con exageración pero sin ánimo de chanza— mató durante dos meses a más gente que la guerra de Cuba. También se dijo que, en ese tiempo, no fueron pocas las fosas que se abrieron en el pequeño camposanto de Collado de Encinares, una villa de apenas una treintena de casas que brota, triste y silenciosa, al otro lado de la ribera. Allí se yergue, como un árbol en un páramo, la casa abandonada de los Fresneda.

Hasta que se descubrió, nadie supo por qué durante casi ocho semanas, tras alguna de las muertes o desapariciones, se encendían todas las habitaciones de la casa y se escuchaban aquellos alaridos en cuanto el sol se ocultaba tras el monte Cerrojillas, donde comienzan las propiedades del señorito Florián, un solterón rico y avaro.

Todos afirmaban en el pueblo que la casa estaba maldita, como el río.

Collado de Encinares se ha convertido, con el paso del tiempo, en una villa casi desierta, y eso quizá ha reforzado aún más el halo de malignidad que arrastra la casona. Ya en la distancia puede adivinarse el paso de los años de abandono que han caído sobre la propiedad, el velo polvoriento de la incuria, que parece vestirla con una mortaja harapienta. Sus ventanas son los ojos velados de un anciano octogenario, de tan lánguidos; sus portezuelas, cuyos goznes agotados chirrían a poco que sople el aire, cantan como un coro de ratas. Y la fachada y el tejado muestran sus miserias de forma tal, que más parecen las llagas de un leproso. Pronto, quizá este invierno, las inclemencias se encarguen de la demolición definitiva.

Ahora, ya está escrito, la decadencia es mucha, y se diría que la morada jamás tuvo un solo día de esplendor, porque una legión de plantas trepadoras han aunado fuerzas para borrar el pasado y enterrarlo en una umbría sempiterna y húmeda.

Todo ocurrió hace doce años, pero si van por allí a husmear, nada sacarán en claro. Si preguntan a los pocos vecinos de Collado que quedan negarán con la cabeza y callarán. No saben nada. No quieren saberlo.

¿Qué ocurrió? Desde lo del hijo de Pura, el primer vecino del pueblo que murió, hasta los que desaparecieron o murieron después, no hubo explicación que pudiera darse. Pero el cabo Felipe de Cos sí pudo cuando el juez le preguntó. Aunque pasado todo este tiempo nadie haya sido capaz de descubrir el motivo de aquellas muertes.

LA MALA HIERBA

Collado de Encinares. Andalucía. Octubre de 1905

—¡¡Antonio!! ¡¡Aaaantonioo!! ¡¡Antoñitooo!! —Un angustiado orfeón de voces se deja oír en las inmediaciones del Aguarruín, en sus márgenes embarrados y rendidos a los pequeños cañaverales, los lentiscos y los helechos. Los vecinos de Collado tantean con palos aquí y allá, entre el follaje, en busca de Antonio Olmo, de once años, el hijo único de Pura, la partera. Hombres y mujeres, con los pantalones remangados hasta las rodillas, sienten en las piernas el agua gélida, afilada, de octubre. Buscan con la pareja de la Guardia Civil entre las rocas, en las jaras, hasta que, de repente, un grito hiela la sangre como si ésta se hubiese convertido en agua de aquel río. El destino quiere que sea Cipriano, el padre del chico, quien lo encuentre. Lo trae en brazos y su madre ha sido la primera en ver la escena. El hombre es corpulento. El trabajo en el campo ha modelado un cuerpo vigoroso, recio, pero parece incapaz de cargar con el peso de su hijo, flaco y pequeño.

Vienen luego los válgame el Cielo, los lamentos y las lágrimas en torno al padre y al hijo. Pura, desfallecida, queda tendida a unos pasos de la margen del río, tan quieta como su vástago.

El niño se entierra al día siguiente. Suena la tierra cayendo sobre el féretro. Solloza la madre. Bisbisea la lluvia del otoño. Luego, feroz, el silencio, que lo invade todo.

— ¿Se sabe algo, sargento? ¿Le ha preguntado usted a Puyana? Ya conocemos todos lo raro que es ese hombre. Como para fiarse. — Un parroquiano habla antes de apurar su vaso de vino en la diminuta cantina del pueblo, pero el de la Benemérita se encoge de hombros y luego niega con la cabeza.

—He hablado, sí, pero no sabe nada. El chiquillo debió meterse en el río y lo arrastró la corriente.

— ¿La corriente? —repite otro paisano—. ¿Qué corriente? En esa parte el agua apenas lleva fuerzas, y solo unos metros más adelante el río es capaz de cubrir a un niño.

—Quizá resbaló. Se golpearía la cabeza o le dio un desmayo. Vaya usted a saber — responde el sargento, malhumorado.

—Pobre criatura —dice Arcadio, el dueño del bar. Luego vuelve todo a enmudecer.

—Pobre criatura —repite quedo el sargento Mendavia antes de abandonar, junto al cabo Felipe de Cos, la tabernilla.

En la noche siguiente al hallazgo del cadáver del crío, la oscuridad habitual de la noche agreste, en aquel rincón perdido del mundo, se quiebra. También el silencio salta hecho pedazos. Todas las luces de la casa de los Fresneda se encienden, y una serie de terribles alaridos se dejan oír en todo el pueblo. Los gritos se prolongan por espacio de diez minutos y en Collado no hay un solo vecino que, a esas horas, tenga arrestos para atravesar la pasarela y se acerque a ver qué es aquello.

— ¿Seguro que no has visto nada? Mira que cuando el sargento y el cabo se pongan a investigar, si tienes que ver con esto, vas derecho al penal a que te den garrote. —El padre de Antoñito ha cogido por la camisa a Alberto Puyana, vecino de Collado, y lo tiene en vilo. El hombre vive en la casa abandonada de los Fresneda desde que el matrimonio pereciera en el incendio de su domicilio de Córdoba, siete años antes, sin dejar herederos.

Huraño y solitario, apenas habla con nadie. Tampoco en tal situación abre la boca. Espera pacientemente a que el hombretón le suelte.

— ¿Qué pasa aquí? —Aparece la pareja de la Guardia Civil.

—Este hombre, sargento, que me pregunta si yo tengo que ver algo con la muerte de su chiquillo. También dice no sé qué disparate del cantinero y lo de los gritos de la casa.

—Ha sido horrible, sargento, cabo... horrible. Unos quejidos espantosos. Anoche, durante más de diez minutos estuvieron las luces del caserón encendidas, con esa voz atormentada que escuchó el pueblo entero. Luego todo quedó en silencio y las luces se fueron apagando —dice Cipriano.

En Collado de Encinares no hay cuartelillo. Los dos guardias viven en Tomaril, a cinco kilómetros de donde suceden los hechos, así que el sargento se vuelve a Puyana y le habla ásperamente.

—Tú vives en la casona —dice el militar mirando al acusado—. ¿Qué hiciste ayer ahí dentro, desgraciado?

—Nada. Se lo juro —contesta Puyana. Ni siquiera dormí en la propiedad...

—Señor —dice otro vecino que acompaña al padre del niño—: eso es lo extraño, ese hombre acababa de salir de mi negocio. Me compró algo de pan y queso. Fue imposible que llegara hasta la casa y encendiera todas esas lámparas... Se lo venía diciendo por el camino, aquí al Cipriano.

—El cabo y yo inspeccionaremos la casa. Bastante tenemos con lo ocurrido para que ahora haya también fantasmas —dice Mendavia de evidente malhumor.

—Y ahora me explicáis qué es eso del tabernero. ¿Qué pasa con él?

—A Arcadio —aclara Cipriano— no lo ve su mujer desde ayer a media tarde. Nos contó que fue al río a lavar unas botellas y no ha vuelto. Su esposa iba ahora a verles a ustedes al cuartelillo para dar parte.

—Di. ¿De eso sabes tú algo? —pregunta el cabo.

—¿Yo? ¿Qué voy a saber? —se defiende Puyana mientras se alisa la camisa roñosa con la palma de la mano, también sucia y de uñas enlutadas—. Yo no me meto con nadie. Doy una vuelta por el monte y vuelvo después de recoger las perchas. Así un día y otro hasta que entro en la casa a dormir. Males no hago a nadie. Ya lo saben ustedes —habla el hombre, trabado, con media lengua y los ojos muy abiertos.

—Otra vez el río —musita el cabo, pero su superior le ordena callarse. No soporta que su subordinado, de veinticinco años, sugiera ni diga nada.

En casa del mesero la mujer ya no sabe cómo explicarle a Mendavia que su marido fue al río a lavar dos cajas con botellas de vino vacías. El sargento le pregunta si han discutido recientemente, si iba bebido, pero la esposa, agotada, niega con la cabeza una y otra vez.

—Ya le he dicho a usted que no. Que se fue al río después de comer y que no ha vuelto. ¡Ay! ¿Qué le habrá pasado?

José Mendavia, sargento de la Guardia Civil, cincuenta años, tuerce el gesto y pide al cabo y a los hombres que le ayuden a buscar —como ya se hiciera con el niño de Pura y Cipriano— por el Aguarruín, hacia arriba y hacia abajo de su cauce; también en los alrededores de Collado. Si no hay resultado dice que habrá que ampliar la zona de búsqueda, incluyendo el monte Cerrojillas y la finca del señorito Florián.

—Pediremos ayuda al puesto de Allanas si es necesario —concluye el sargento.

Después se vuelve hacia Puyana, a quien ha obligado acompañarles a casa del desaparecido, y le advierte que si está implicado en lo que está ocurriendo, él mismo se sentará en la banca más cercana al garrote que la autoridad ponga en el patio de prisión para ser testigo de cómo el cráneo se le quiebra lo mismo que una rama seca.

El hombre, medio lerdo, asiente. Luego toma el camino que lleva al puentecito que salva el río, lo cruza y gana el campo como si fuera una liebre que huye de una jauría de podencos.

— ¡Puyana! —Los dos números de la Guardia Civil, tras ir a casa del mesero y comer algo en Tomaril, regresan a Collado. Se han plantado frente a la entrada de la casona. La voz del sargento suena bronca, dura, y zumba en el valle lo mismo que un trueno, pero Mendavia cree que aquel hombre solitario no ha bajado aún del monte.

— ¡Puyaaana! —repite. Solo contestan un par de lúganos, en la lejanía, piando entre los árboles.

Los hombres deciden entrar. La casa está envuelta en una frágil penumbra, y abiertas algunas ventanas se procede al registro.

La casa huele a humedad, a comistrajo y a cera.

—Ve arriba. Yo miraré por aquí —ordena el sargento Mendavia.

El cabo de Cos sube las escaleras que llevan a la planta superior del caserón. Crujen los peldaños de madera a su paso en tanto llega al olfato del muchacho el olor de cemento fraguando, aunque no es capaz de distinguir de dónde viene entre la amalgama de corrupciones que allí se concentran.

—Sargento —alza la voz asomándose al hueco de la escalera—. ¿No huele usted a obra?

Mendavia se arrima a la escalera y mira hacia donde está su compañero.

—Sí. Huele a eso y a todo lo que quieras. Este sitio es inmundito. Anda, echa un vistazo y salgamos de aquí cuanto antes —le apremia.

De Cos permanece un momento asomado a la barandilla observando a su jefe. Luego inspecciona en silencio. Entra en todas las habitaciones, pero no halla más que estancias con muebles polvorientos, de suelos enlosados con pequeñas cuadrículas blancas y negras, mugrientas. En las alcobas la luz se cuele cernida por entre las contraventanas y revela como un secreto, en un susurro, los años de abandono.

El cabo pisa en algunos sitios donde hay losas sueltas. Abre un viejo bargueño con una pata rota, pero en los cajones no hay nada.

— ¡Cabo!

Felipe cierra el cajón siendo consciente de la inutilidad del gesto y desciende las escaleras evitando posar la mano por la sucia barandilla de la escalera.

—Aquí no hay nada. ¿Has visto algo ahí arriba? —pregunta José Mendavia arrebujándose en la capa de su uniforme.

—No, señor. Tampoco hay nada.

Desde la entrada de la casa se escucha el relinchar de los caballos de la pareja de la Guardia Civil. Cuando salen se encuentran con el vecindario esperando noticias al otro lado del río, muy cerca de la pasarela, donde quedaron amarradas las bestias.

—Si veis a Puyana le decís que se acerque por el cuartelillo, que quiero hablar con él, a ver qué sabe de esto, porque en la casa no hay nada. Y mucho ojito con preguntar y hacer lo que no os corresponde. ¿Está claro? —advierte el sargento mientras se sube al caballo.

Tres semanas más pasan desde lo del ventero, que no aparece y que ha dejado como único rastro las dos cajas de botellas vacías y sucias. Esa noche, como cuando muere el niño de Pura, también se enciende la casa de los Fresneda y se escuchan los gritos provenientes de la propiedad.

Dos semanas después de la muerte del crío se halla el cadáver del médico rural, Juan Calahorra, ahogado también en el Aguarruín. Desde el otro lado de la pasarela algunos vecinos esperan a que la casa se ilumine. Van armados con palos y escopetas, pero son pocos y tienen miedo. Cuando las lámparas clarean el interior de la propiedad los hombres retroceden y terminan por volver a sus hogares, pávidos ante los aullidos que salen del caserón.

De nada sirve el interrogatorio que el sargento, en presencia del cabo, practica a Puyana. Más de un guantazo se le escapa al veterano militar entre imprecaciones y blasfemias de las que es mejor no dejar constancia aquí. Pero Alberto, a pesar de ser hombre famélico y desgarrado, no cambia su declaración: dice no saber nada de lo ocurrido ni con el médico ni con los dos vecinos de Collado. Y en cuanto a las luces de la casa, contesta que tras comprar las viandas y ver la casa iluminada, ni se le ocurrió entrar. “Ver todo encendido y escuchar los gritos y que se te suelte el vientre es todo una, señor. Ahora vivo fuera, en el campo, pegado a la cerca de lo de don Florián”, repite.

Luego abandona el cuartelillo no sin antes dedicar a Mendavia una mirada inesperadamente amistosa. El sargento lo fulmina con un gesto y le ordena que se vaya de allí.

No mintió el hombre. La pareja de la Guardia Civil que lleva el caso encuentra donde Puyana les indica una suerte de precario campamento formado por un jergón sucio, un toldillo y la favila de una hoguera apagada y rodeada de piedras que sirvió de abrigo para la noche.

Una desaparición más se sucede en el último mes: Alfredo Donaire, de quince años, marcha al río con varios metros de tanza, cebo y un par de anzuelos. Se hace de noche y el joven no regresa. Sus padres dan la voz de alarma.

Mientras eso ocurre, el pueblo, en vísperas de celebrar la Nochebuena, nuevamente se paraliza. La claridad cerúlea enciende la morada de los Fresneda otra vez. Los aullidos se suceden.

Pura, mientras escucha sobrecogida desde la ventana de la alcoba, le ruega a su marido —así lo contó a la autoridad al día siguiente— que no salga, que no se acerque a la propiedad, pero Cipriano no es hombre que entre en razón ni a la primera ni a la segunda. —Esta noche me entero de dónde vienen esos gritos y si ese malnacido de Puyana fue quien mató a Antoñito, porque yo en fantasmas no creo. Si tenía yo que haber ido la primera vez que la casa se iluminó. Por el niño, Puri. Por el niño y por todos mis muertos que ya no espero a nadie. A la casa voy.

Así, coge la escopeta y un quinqué, da un portazo y atraviesa las calles desiertas de Collado. Algún vecino lo ve pasar desde el zaguán, pero Cipriano no hace caso de las advertencias, de maldiciones ni brujerías. Cruza el puente y se planta delante de la antigua propiedad de los Fresneda, aunque cuando lo hace el silencio es absoluto y acaba de apagarse la última luz.

El hombre apoya la culata sobre el hombro y da un paso al frente. Hace frío pero nota dos gotas de sudor caerle por el cogote y resbalarle por la espalda. Respira como un perro tras una larga carrera.

— ¿Quién va? —Cipriano cree escuchar cómo alguien tose, pero lo que se oye es el relincho de un caballo a bastantes metros de allí.

— ¿Eres tú, Puyana, hijo de puta? —pregunta el vecino preparado para disparar, ya en el jardín descuidado de la entrada a la casa.

Es lo último que dice. Justo cuando va a atravesar el umbral con paso decidido, una sombra le aborda por detrás. De un solo tajo, le rebana el cuello. Brota entonces un borbollón de sangre que brilla a la luz del candil antes de que éste se estrelle contra el suelo y se apague. La noche queda tan oscura como el luto que vuelve a cernirse sobre la villa.

La luna, acaso atemorizada, corre a esconderse tras unos nubarrones que cubren el cielo. Al poco, el diluvio.

Bajo el turbión, alguien corre como alma que se lleva el diablo porque se ha encontrado su caballo muerto, cosido a cuchilladas, y quiere, necesita recorrer los cinco kilómetros que le separan de Tomaril para dar parte de lo que acaba de ver.

Pisa charcos, se araña la cara con los matorrales del atajo que ha cogido. Se empapa, se detiene a tomar aire. Le vienen arcadas y vomita de rodillas, agotado y claudicante ante lo que acaba de descubrir. Luego se rehace y jura por su honor, bajo la tormenta, que llegará hasta el puesto de guardia o hasta la mismísima casa del gobernador civil de Córdoba si fuera necesario. Después aprieta los dientes y reinicia la marcha.

No lo escucha porque la lluvia que redobla en la hojarasca y los charcales lo impide, pero alguien va tras él.

Trona el cielo y se enciende con látigos azules que parecen fustigar a las nubes. Jarrea el agua. A lo lejos el testigo ve las primeras luces de la villa que es el fin de su angustiosa carrera. Atrás queda su perseguidor, quien no tiene otra que tomar su arma reglamentaria y descerrajarse un tiro en la sien después de ver a Felipe de Cos, a lo lejos, entrar en el cuartelillo.

Juzgado de Córdoba. A 26 de diciembre de 1905

Don Felipe de Cos Infante, VECINO y natural de Córdoba, con FECHA DE NACIMIENTO 16 de septiembre de 1880, de PROFESIÓN cabo de la Guardia Civil, declara con respecto al caso de los asesinatos y desapariciones de la villa de Collado de Encinares, Córdoba, ocurridos entre el 25 de octubre al 23 de diciembre de 1905, lo siguiente:

Que desde la desaparición y posterior hallazgo del cadáver en el río Aguarruín, a su paso por Collado de Encinares, del niño Antonio Bienvenido Asprilla, hasta el crimen del padre del citado niño, don Cipriano Bienvenido Pérez, vino observando en su superior, el sargento de la Benemérita, don José Mendavia Galán, un comportamiento extraño, y que si bien no se percató de ello con claridad al principio del caso, sí a medida que iban transcurriendo las fechas y se sucedían los crímenes. De tal modo, encontró sospechoso el cambio de humor de su superior desde el hallazgo del primer cuerpo, la respuesta evasiva de Mendavia en la cantina de la villa de Collado, aludiendo a la corriente del río para tratar de explicar la muerte del niño. También encontró extraño que dijera a los vecinos presentes en la cantina que había hablado con el vecino don Alberto Puyana,

cuando el cabo no había tenido noticias de tal encuentro. El testigo declara que cuando le preguntó al sargento por el particular, éste dijo que “se le olvidó decírselo”.

Asimismo, el testigo asegura que en una inspección ordenada por el sargento Mendavia a la casa abandonada de la familia Fresneda, tras la denuncia de los vecinos de Collado después de que la citada casa se iluminara y se escucharan unos gritos, observó desde el hueco de la escalera del inmueble, en la planta superior, cómo su jefe, en lugar de proceder al registro, permanecía impassible, cruzado de brazos, sin actuar, y con evidentes signos de impaciencia y nerviosismo. Esto —declara el testigo— acrecentó sus sospechas en cuanto a la posible implicación del sargento Mendavia en los hechos.

El testigo asegura también que durante el interrogatorio efectuado a don Alberto Puyana Llopis, y al que los vecinos señalaban como culpable de los crímenes, el sargento se empleó a fondo con el citado Puyana, pero que, tras las preguntas, éste dedicó, a pesar de los golpes, una mirada amistosa hacia don José Mendavia.

Por otro lado, el declarante explica que sin dar cuenta a su superior ni a nadie más, y dado que la inspección de la planta baja no se llevó a cabo por parte del sargento Mendavia, decidió él mismo efectuar el registro una semana después de la primera incursión, hallando oculto un fonógrafo de la marca “Columbia” y un cilindro con una grabación . El testigo afirma que durante unos segundos puso en marcha el aparato, reproduciendo dicho cilindro los gritos de un hombre. El manifestante opta por no dar parte ni a Mendavia ni a ningún otro miembro de la autoridad, prosiguiendo el testigo con las pesquisas por su cuenta.

Afirma igualmente el testigo que, previamente al asesinato Cipriano Bienvenido Pérez, decide acercarse al pueblo de Collado de Encinares a observar los movimientos de Alberto Puyana Llopis, encontrándose con la presencia del sargento Mendavia, que acompaña al citado Puyana, pero quienes ante la llegada de Bienvenido Pérez, se separaron, siendo el declarante testigo de cómo es el propio sargento quien degüella al vecino, tras lo cual el testigo decide ir al puesto de Tomaril a dar parte, pero que hallando a su montura acuchillada, no tiene más remedio que llegar hasta su destino campo a través.

El testigo jura lo aquí expuesto y también que no sabe o no recuerda nada más digno de mención.

Lo que firma con fecha indicada en el encabezamiento de esta declaración.

El cadáver del sargento Mendavia Galán fue hallado a la misma hora en la que el cabo prestaba una primera declaración en el puesto de la Guardia Civil en Tomaril. Lo encontraron en el campo, a un par de centenares de metros del cuartelillo, embarrado y con un tiro en la sien. Tras el pertinente protocolo, el juez ordenó el levantamiento del cuerpo para ser llevado a su ciudad natal, Sevilla, donde recibió sepultura.

Tras la declaración de Felipe de Cos, Alberto Puyana Llopis estuvo en busca y captura durante tres semanas. Fue hallado cerca de Cascada de la Cimbarra, en un paraje de Sierra Morena, en la provincia de Jaén.

Conducido al penal de Córdoba, sucio, hambriento y atemorizado, perdió el habla casi por completo. De nada sirvieron los durísimos métodos de la Autoridad para que explicara su relación con el difunto Mendavia. Jamás reveló tampoco el móvil de las muertes ni si mató a alguna de las víctimas o a todas, salvo, claro está, la de Cipriano, de la que el cabo fue testigo.

Después de la testificación la casa de los Fresneda fue exhaustivamente registrada, hallándose en ella elementos incriminatorios perfectamente ocultos que la rápida inspección de De Cos no había logrado descubrir: fueron encontrados, emparedados en el sótano, los cuerpos del tabernero y del joven Alfredo Donaire, junto a útiles propios de la construcción: arena y cemento para hacer mortero, una pala, un pico, dos palustres, yeso y una espuerta. Asimismo, se hallaron varios fogariles con velas cuyo aspecto evidenciaban su uso reciente. Por supuesto, también se encontró el fonógrafo y el cilindro que el cabo había citado en su declaración.

Alberto Puyana estuvo un mes y medio en prisión, siendo condenado a la pena capital. Murió a garrote vil en el amanecer del 15 de febrero de 1906, siendo testigos, además de la autoridad, el cura que lo auxilió espiritualmente y algunos vecinos del pueblo.

Tras esos acontecimientos Felipe de Cos fue ascendido y trasladado a Córdoba, donde vive. Desde todo aquello, el militar apenas va a Collado de Encinares. Y cuando lo hace siempre le llega a la mente la misma pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué Puyana y el sargento mataron a esos cinco inocentes?

Epílogo

Primeros de octubre de 1905

Al sargento Mendavia le gustaba emplear su día de descanso en pescar en el Aguarruín, aunque para alcanzar el tramo truchero tenía que andar un buen rato cargado con la caña, la cesta con la comida y algo de abrigo.

Inició la marcha dejando su caballo atado a la entrada de Collado. Luego bajó hasta el río, pasó cerca de la casa de los Fresneda y se encontró con Puyana, quien lo saludó, nervioso y evasivo. El Guardia Civil, receloso de su actitud observó que traía mojados los bajos del pantalón y un puño cerrado, ocultando algo.

— ¡Tú, desgraciado! ¿De dónde vienes?

Puyana tragó saliva y señaló hacia el regato.

—Del río —dijo, inquieto.

— ¿Te ocurre algo? —preguntó el sargento dejando caer la caña y el cesto en el suelo.

—No.

— ¿Qué llevas escondido ahí? —El sargento fue a coger al hombre por la muñeca, pero éste apartó el brazo y miró a Mendavia con desconfianza.

—Nada, sargento. Nada. Se lo juro por mis muertos.

José Mendavia comprobó que no hubiese nadie cerca. Después cogió a Puyana por el cuello con fiereza.

—Te he preguntado que qué llevas escondido ahí.

El hombre le rogó al militar que lo soltara. Luego miró a un lado y a otro y extendiendo el brazo, abrió la mano. Sobre la palma húmeda aún descansaban varias pepitas de oro; algunas pequeñas como el arroz, otras algo más grandes que una lenteja pardina.

— ¿De dónde...? —El propio sargento se interrumpió ante lo obvio de la respuesta. Acto seguido obligó a Alberto Puyana a indicarle el lugar exacto donde había encontrado aquello. El hombre lo condujo a un pequeño remanso del río, oculto tras las ramas más bajas de un sauce, allá donde el agua apenas cubría las pantorrillas, pero lugar al que se accedía difícilmente, pues el terreno era escarpado y las rocas mojadas hacían muy difícil

alcanzar el pequeño meandro. Nunca había habido noticias de que el Aguarruín llevase oro, pero lo cierto era que apenas metió el sargento las manos en el fondo, sacó varias piedrecitas como las que Puyana traía en su puño.

— ¡Santo Dios! —musitó.

—Hay mucho —dijo el hombre que vivía en la antigua casa de los Fresneda extrayendo del bolsillo de su pantalón una saquita repleta del mineral.

— ¿Y en el resto del río?

—Ni rastro —dijo Puyana negando categóricamente con la cabeza mientras le alcanzaba la bolsa.

—El sargento Mendavia tomó la escarcela con avidez y la abrió.

—Dime, ¿sabe alguien más esto?

El otro se encogió de hombros.

—Bien. Debemos guardarlo en secreto, ¿de acuerdo?

— ¿Por qué? —preguntó Puyana rascándose la cabeza, sin comprender.

El sargento volvió a cogerle por la camisa y lo zarandeó violentamente.

— ¿Eres idiota? ¿Quieres compartir el oro con todo el pueblo? ¿Te quiere alguien en Collado? Tú mismo dices siempre que los vecinos son como las ortigas, como los cardos... La mala hierba, les dices. Si se enteran vendrán aquí no solo ellos, sino todos los de los pueblos de alrededor. Además, alguien podrá comprar la casa donde vives y te echará de ahí. ¿Quieres eso? Di, ¿quieres eso? —repitió fuera de sí poniéndole la saquita con el oro en la cara.

—Yo puedo comprar...

— ¡Eres idiota, Puyana! Te preguntarán de dónde sacaste el dinero. ¡Esto es para nosotros dos! ¿Lo has entendido? Para nosotros dos. Vigila que nadie se acerque a esta parte del río. Y si ves a alguien rondando el pocito o metido en él, que no llegue vivo a Collado. ¿Lo has comprendido? Si puedes lo llevas a la casa y lo entierras allí. Y si no, lo dejas en el río. ¿Estamos? Hay que mantener alejados a los vecinos. Del río y de la casa. Que tengan miedo de venir aquí.

— ¿Cómo vamos a hacer eso, sargento?

—Ya se me ocurrirá algo. Ahora, guarda ese oro donde nadie pueda encontrarlo, en algún lugar del monte. Y haz lo mismo con lo que sigas sacando del remanso. Que no lo encuentre nadie. ¿Entiendes? ¡Nadie!

— ¿Y si nos descubren? —preguntó Puyana con un deje de temor.

—Nadie va a descubrirnos, estúpido. Yo soy la ley aquí.

Alberto Puyana asintió, pero al poco de abandonar aquel paraje escucharon un chapoteo y un silbido alegre. Los dos hombres se acercaron a mirar y allá lo vieron. Era un crío delgado y moreno que acababa de bajar hasta el regato, bajando por las rocas mojadas como si fuera un cangrejo. Estaba bebiendo agua hasta que algo le llamó la atención. Metió la mano y observó, curioso, la piedrecita dorada que sostenía entre los dedos. Después los dos hombres esperaron que saliera y se le acercaron despacio.

— ¡Muchacho! Ven con nosotros —le dijo el sargento.

—No... no he hecho nada malo, señor. Solo estaba...

—Lo sé, hijo, lo sé. No tienes de qué preocuparte. Además, no estoy de servicio —sonrió Mendavia pasándole un brazo por el hombro—. Te voy a enseñar dónde hay un lobo herido. —El crío se guardó la pepita en el bolsillo y se secó las manos en las perneras.

—Dime, ¿es que has encontrado algo en el río? —preguntó el sargento.

—Bueno, no estoy seguro, señor, pero creo que sí —contestó orgulloso metiéndose de nuevo la mano en el bolsillo para exhibir su pequeño tesoro.

Mendavia miró a Puyana e hizo un leve ademán con la cabeza mientras entre las jaras la voz del padre del crío se dejaba oír algo alejada:

—Vamos, Antoñito. Es hora de comer. ¡Antoñitoooo! Vamos, te digo. ¿Se puede saber dónde te metes, chiquillo?

Sonaron remotos los pasos de Cipriano en el camino. También el trueno lejano de la primera tormenta del otoño que dibujaba, gris y amenazante, el paisaje del pueblo.

El niño ya apenas escuchó al padre, sumergida la cabeza en el agua, entre burbujas y la mano que consumaba, atroz, el primero de los crímenes.